

Alejandro Martínez de Rosa. *Indios Broncos del Noroeste de Guanajuato*. León: Universidad de Guanajuato / Ediciones de las Sibilas, 2012; 143 pp.

La danza es una expresión corporal, musical y simbólica arraigada desde hace siglos en la cultura mexicana. Contribuye a la formación de identidades y es parte esencial de las celebraciones religiosas en diversas zonas del país. Se le puede encontrar en contextos urbanos o rurales y está presente en muchas fiestas patronales de los municipios, ranchos, comunidades y colonias de las grandes ciudades. Como ejemplo de ello tenemos la “Danza de Indios Broncos” estudiada por Alejandro Martínez de la Rosa, quien publicó el resultado de su investigación con el título *Indios Broncos del noroeste del Guanajuato*.

Martínez de la Rosa considera esta danza como un patrimonio cultural de los grupos que la realizan, la conservan y la transmiten a nuevas generaciones y nos muestra, a partir de los datos recogidos en el trabajo de campo, que esta tradición goza de buena salud, está vigente y se ha adaptado a los cambios del contexto rural donde surgió y el ambiente urbano adonde se ha extendido.

El autor inicia su texto señalando el carácter tradicional y el contexto religioso-festivo en que se desarrolla esta expresión cultural. Aclara que la Danza de Indios Broncos es diferente a otras danzas del estado de Guanajuato —como la de Palotereros, las representaciones de Moros y Cristianos, de los Doce Pares de Francia o de Chichimecas y Franceses,—¹ y se distingue de estas porque los Indios Broncos siguen el ritmo de la música, usan el banyo y son acompañados por personajes llamados Diablos,

¹ Una representación de Moros y Cristianos se realiza cada año en el municipio de San Felipe, Guanajuato, durante la fiesta de san Miguel Arcángel. Por su parte, la “Danza de Chichimecas y Franceses” se lleva a cabo en San Miguel de Allende, también durante los festejos a este arcángel, patrono de la ciudad. Sobre las danzas en este lugar, véanse: Justino Fernández y Vicente T. Mendoza, 1941. *Danzas de los concheros en San Miguel de Allende*. México: El Colegio de México, y Carlo Bonfiglioli, 1996. “Chichimecas contra franceses: de los salvajes y los conquistadores”. En *Las danzas de conquista. I. México contemporáneo*. Coord. Jesús Jáuregui y Carlo Bonfiglioli. México: Conaculta / FCE, 91-115.

Locos o Charros, quienes portan máscaras y un látigo que hacen tronar de forma violenta cuando interactúan con el público y los danzantes (9-10).

El libro se compone de una presentación y once capítulos en los cuales el autor describe aspectos generales de la “Danza de Indios Broncos”. Señala el carácter patrimonial de esta tradición, ubica a cada agrupación por municipio, describe los instrumentos musicales que usan y su afinación, agrega una lista de piezas musicales o *jarabes* del repertorio, dedica un breve espacio para describir la vestimenta y las coreografías, nos habla de algunas representaciones teatrales de estos grupos, señala los alcances regionales de esta danza y termina su trabajo anexando y comentando una serie de escritos que encontró en publicaciones que van desde 1934 a 1988, textos breves que sirven al autor para hacer comparaciones y ver los cambios que al paso del tiempo ha sufrido esta tradición en aspectos como la vestimenta, los instrumentos o las coreografías.

Martínez de la Rosa hace una propuesta de regionalización de la “Danza de Indios Broncos” (98-106) y para ello la ubica en los municipios de Ocampo, San Felipe, Silao y León, lugares donde es clara su presencia, aunque son espacios con diferentes características geográficas y culturales. Los primeros dos son municipios ubicados al norte de la sierra de Guanajuato, en una altiplanicie que se prolonga hasta el sur de San Luis Potosí; cuentan con muchas comunidades rurales dispersas por su territorio² y su economía se basa principalmente en actividades agrícolas y ganaderas, a lo que debemos sumar las remesas que mandan quienes han migrado a Estados Unidos o a las ciudades de León y San Luis Potosí en busca de mejores oportunidades laborales.

² San Felipe es el municipio más extenso de la entidad. Tiene una superficie de 2691 km² que equivale a 8.8 por ciento del territorio estatal. Según el censo de 2010, su población ascendía a 106,952 habitantes. Por su parte, Ocampo comprende 1097 km² equivalentes a 3.5% del territorio estatal. En el año 2010 se contabilizaron 22683 personas, siendo uno de los municipios con menor población en el estado. <http://www3.inegi.org.mx/sistemas/mexicocifras/default.aspx?e=11> .

Por su parte, los municipios de León y Silao, ubicados al sur de la sierra de Guanajuato, forman parte de la región geográfica, económica y cultural del Bajío, región que en las últimas décadas ha vivido un proceso desmedido de urbanización e industrialización que llevó a León a ser el municipio más poblado del estado.³

Menciono estas diferentes características, ya que parece a primera vista que una tradición como la “Danza de Indios Broncos”, originada en el medio rural, no puede encontrar nuevos espacios en el ámbito urbano e industrializado. Sin embargo, en este caso ocurre un fenómeno interesante: la urbanización ha generado oportunidades de desarrollo al crearse nuevas colonias y barrios con sus templos, devociones y fiestas locales donde la danza encontró un campo fértil para echar raíces, extendiéndose al contexto urbano-festivo de la ciudad de León, donde se ubica la mayor cantidad de grupos de Indios Broncos,⁴ lo cual nos muestra que las diferencias no han impedido a la tradición prolongarse al paso de los años y trasladarse a distintos escenarios.

Uno de los aspectos primordiales para el autor son los instrumentos musicales usados en esta danza (31-47). Las guitarras y las conchas, cuya caja de resonancia podía ser de caparazón de armadillo, cada vez se usan menos y han sido desplazadas por el tambor y el banyo, instrumentos que se empezaron a usar desde hace algunas décadas, ya que atraen a las nuevas generaciones y le dan un mayor volumen a la música.

Otro aspecto fundamental de la danza es la vestimenta, elemento que ha cambiado constantemente en los últimos años por distintos motivos. Por ejemplo, algunos grupos sustituyeron la *nagüilla* o falda por el pantalón, ya que en la década de los cincuenta algunos jóvenes se comenzaron a sentir incómodos usan-

³ En el año 2010, según el censo de población, había en León 1436480 habitantes. Otros municipios que forman parte del Bajío son Celaya, Irapuato y Salamanca, lugares que comparten el proceso de urbanización e industrialización que los ha llevado a formar un corredor industrial junto a la ciudad de Querétaro.

⁴ El autor cita dieciséis grupos en esta ciudad, aunque por las referencias que le dieron los maestros de danza, calcula que hay alrededor de veinte.

do esta prenda en la zona urbana de León. Otro cambio importante se debe a la influencia del cine hollywoodense, que ha creado imágenes estereotipadas de los apaches y demás grupos indígenas del norte de México y el sur de Estados Unidos, imágenes asimiladas por algunos danzantes que incorporaron a su indumentaria elementos como el pantalón o los penachos largos que caen sobre la espalda (66-67).

El libro de Martínez de la Rosa está dirigido al público en general y no sólo al ámbito académico. Viene acompañado de un disco compacto que contiene un video dividido en tres secciones, donde el autor presenta extractos de las entrevistas que realizó y muestra la esencia misma de la danza: la música y los instrumentos, la vestimenta y los símbolos, las coreografías y los gestos corporales. Incluye los testimonios orales que han sido la principal fuente de información histórica de este trabajo ante la escasez de documentos escritos sobre el tema, lo cual nos lleva a considerar un problema metodológico importante al que se enfrentó el autor —y se enfrentará quien estudie esta danza—: la poca información histórica documental que existe sobre esta tradición, más allá de unas breves menciones en algunas publicaciones que el autor transcribe y comenta casi al final del texto (107-130).

La importancia de este libro radica en varios puntos. Uno de ellos es la necesidad de estudiar y difundir por medios impresos y audiovisuales este tipo de manifestaciones poco conocidas y menos atendidas por autoridades culturales y académicas. *Indios Broncos del noroeste de Guanajuato* es un testimonio valioso que nos permite conocer una tradición que está cambiando y en la cual, al paso de los años, han fincado su identidad generaciones de danzantes, constituyendo un patrimonio que es necesario valorar, preservar y difundir, y que nos ayuda a entender el proceso de formación de identidades locales en contextos festivos en esta región del país.

Otra razón por la que es importante este libro es la escasez de estudios sobre las danzas en el estado de Guanajuato. El trabajo de Martínez de la Rosa será un referente para futuras investigaciones sobre este tema, y quienes tengan interés en iniciar una

investigación al respecto, deberán tomar en cuenta las particularidades de los Indios Broncos para hacer comparaciones y establecer diferencias. Por ejemplo, para el estudio de la “Danza del Torito” en las ciudades de León y Silao se deberá considerar que hay dos personajes similares en esta danza y en la de Indios Broncos: el Diablo y el Charro. El primero se encuentra en ambas tradiciones usando un látigo, una máscara y ropa generalmente de color rojo —indumentaria que unida a los movimientos corporales y al uso del látigo la dan una expresión atemorizante—, mientras que el Charro sólo aparece como un personaje más dentro de la “Danza del Torito”. El Diablo y el Charro, entonces, son elementos que pueden relacionar una tradición con otra, teniendo ambas un origen rural; sin embargo, la “Danza del Torito”, a diferencia de la de Indios Broncos, está en decadencia en la ciudad de León, situación que se agrava porque no se practica de forma organizada en algún contexto específico —se puede encontrar invariablemente en un mercado, en una fiesta o en la calle—, sino que es realizada por unos pocos grupos dispersos en diferentes colonias de la ciudad.

El libro de Martínez de la Rosa viene acompañado de fotografías que muestran la vestimenta, los instrumentos y las coreografías de los danzantes. Sin embargo, hizo falta acompañar las imágenes con uno o dos mapas actuales de la región para ubicar los municipios, colonias y comunidades rurales en donde se encuentran o adonde acuden los grupos de Indios Broncos. Esto permitiría, a quien no conoce la zona, ver los alcances regionales de esta danza, saber en qué colonias y en qué contextos urbanos o rurales se ha asentado esta tradición.

También, considero que era necesario agregar un calendario de las fiestas a las que acuden los Indios Broncos, al menos las fiestas principales, ya que el hecho de tener fechas de visita a distintas celebraciones durante el año permite que los grupos se mantengan activos y, por ende, que la tradición se practique y se viva de forma constante. El calendario ayudaría a entender que la danza no es exclusiva o dedicada a un santo o a una advocación mariana, aunque por los datos que brinda el autor, podemos señalar

como fiestas principales las de san Miguel Arcángel y el Señor de la Conquista, en San Felipe; la de la Virgen de San Juan de los Lagos y la Virgen de Guadalupe, advocaciones marianas con gran presencia y arraigo en esta región del estado de Guanajuato.

Indios Broncos del Noroeste de Guanajuato es, finalmente, un trabajo pionero en este tema y, como tal, está abriendo camino para futuros investigadores que encontrarán en su lectura nuevas ideas, preguntas y pistas a seguir para estudiar, no sólo la danza, sino las tradiciones musicales, orales y religiosas en esta región del país.

MIGUEL SANTOS SALINAS RAMOS⁵
Universidad de Guanajuato

Homero Adame. *Haciendas del Altiplano, historia(s) y leyendas*. Tomo 1: *Grandes latifundios virreinales*. San Luis Potosí: Gobierno del Estado, 2012; 193 pp.

Ya es distinción de Homero Adame su interés por el Altiplano y quizás por ello es notable que su afinidad no se limite sólo al estado de San Luis Potosí, de donde es originario, sino que en su estudio incluye también territorios de esta región, pertenecientes a estados como Zacatecas, Nuevo León, Tamaulipas y Coahuila. Adame refuerza esta justificación apegándose al hecho de que la categoría que definió los poblados que estudia es la de aquellos que cuentan con una hacienda. No conforme con esta delimitación, ofrece además una delimitación temporal, pues todos los poblados del Altiplano con haciendas que explora en este libro son, nombrados por él mismo, *Grandes latifundios virreinales*. El aspecto de la temporalidad es precisamente lo que distingue los tomos 1 y 2 de este libro, pues el tomo 2 se dedica a las haciendas

⁵ migesantos@gmail.com